



LA RENDICIÓN

FEDERICO VITE

*Una novela sobre crimen y
brujería que te mantendrá al
filo de cada página. Un thriller
psicológico que consigue unir la
historia de una familia con la de
los espectros que la persiguen.*



ALMUZARA
Novela

LA RENDICIÓN

FEDERICO VITE



ALMUZARA

Almuzara México • Almuzara Nuevas Narrativas #3

La rendición

© 2025, Federico Vite

© 2025, LID Editorial Mexicana, SA de CV

Bajo el sello editorial Almuzara México

Homero 109, piso 14, oficina 1404,

colonia Chapultepec Morales, alcaldía Miguel Hidalgo,

C.P. 11570, Ciudad de México, México

www.almazaralibros.com

Primera edición impresa en México: noviembre de 2025

ISBN: 978-970-96852-2-0

Primera edición en formato *epub*: noviembre de 2025

ISBN: 978-970-96852-3-7

Dirección editorial: Nicolás Cuéllar Camarena

Dirección de arte: Raúl Aguayo Chávez

Reservados todos los derechos. Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente por ningún medio o método sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Impreso en México | *Printed and made in Mexico*

PRIMERA PARTE

A pesar de todo, empaqué mis cosas con calma. Tenía muchos libros; los metí en cuarenta cajas. Para embalar mi ropa no tuve que hacer mucho esfuerzo ni gastar mucho tiempo. Bastaron dos maletas. Estaba en mi habitación. Fue construida desde hace diez años para otros fines, pero terminé usándola con cierta indiferencia y algo de apatía, casi casi por inercia. Aunque me gustaba mucho más la forma en la que mis padres explicaban eso. Ellos decían que planearon todo con calma, porque siempre supieron que yo regresaría a casa algún día y me procuraron un espacio, que aunque pequeño, destinado sólo para mí. Yo recibí ese obsequio como un paracaídas. Ese cuarto fue construido con pesados blocks de color gris y, tal vez debido al tono triste de ese material, la habitación motivaba muchas reflexiones. Era un almacén de ideas y de momentos ominosos. Así que mientras acomodaba mis pertenencias pensaba en mi adolescencia, en mi infancia y, en especial, en la torva ira que me animaba aquellos días. Se trataba de una habitación austera, pero amable y muy calurosa. No podía estar en mi cuarto después de las diez de la mañana. El sol hacía hervir las rectangulares láminas de asbesto. Daban la impresión de ser la parrilla encendida de una estufa enorme. Al calor usual de treinta y ocho grados, más la humedad, se sumaba el crujido del asbesto y las sacudidas de las iguanas que se apareaban justo arriba de mi cama. Pero todos esos inconvenientes se olvidaban gracias a que mi estancia tenía una vista envidiable a la bahía. Desde la comodidad de mi cama

podía observar la bocana que se abría rumbo a las profundidades azules del Pacífico. Vi desfilas las regatas de los veleros, los nubarrones acercándose a la playa. Contemplé desde ese sitio embarcaciones de todos los tamaños: buques de carga, yates, lanchas. Invertía horas y horas contemplando el paisaje, trataba de vaciar mi memoria. El ejercicio de mirar, en mi vida, ha tenido significativas revelaciones. Atisbar el océano, sobre todo en las noches, me daba un motivo más para pensar en la diminuta existencia de un hombre como yo. Contemplar el paisaje refrescaba mi ánimo. Había momentos en los que sentía que el océano estaba hecho del mismo material que la noche. El problema, como todo en mi vida, han sido los días. Me inventaba algunas actividades sencillas fuera de casa antes del mediodía. Me iba caminando a la biblioteca del parque Papagayo. Tardaba una hora y quince minutos en llegar. El trayecto era magnífico porque me internaba en las calles de barrios antiguos, en callejones empedrados que descendían hasta la avenida Cuauhtémoc. Vivía en la primera glorieta de la calle Victoria. Una colonia que tiene un solo ingreso vehicular y múltiples andadores que conectan con las zonas más altas del anfiteatro. Sobre el cerro de la colonia La Laja pretendieron erigir una estatua monumental, llamada Cristo Rey de la Paz. En Acapulco había muchas colonias con estas características: vista al mar y un solo ingreso vehicular. El paisaje era la plusvalía de la parte alta del puerto. También había muchos problemas en sitios así, porque esa geografía era oro molido para los asaltantes, quienes bloqueaban la única arteria vial con piedras y a punta de navajas, cuchillos o armas cortas recogían dinero y alhajas de los automovilistas, casi siempre taxistas y eventuales foráneos extraviados que se detenían ante las rocas e intentaban quitarlas para continuar su camino. Llegamos a este lugar en 1989. La Laja fue fundada por el líder socialista conocido como “Rey Lopitos”. Mi adolescencia se nutrió de múltiples hallazgos violentos; señales, finalmente, de lo que vendría.

Durante mis primeros días en el barrio fui testigo de un hallazgo sensible. Caminaba por la calle Victoria, justo a un lado de la

primaria Benito Juárez, más o menos a las 6:30 de la mañana. Iba rumbo a las canchas de basquetbol. Noté un bulto en la esquina de un lote baldío. Estaba recargado en uno de los pilares de la obra negra. Desde la banqueta vi los mechones de cabello. Supuse, a lo lejos, que era una muñeca. Me acerqué un poco. Yo iba a entrenar. En aquel tiempo mi única pasión era correr. Así que trotaba durante hora y media cada mañana. Siete días de la semana. Ningún descanso. Nada. Yo quería correr y correr me ayudaba. Así que me acerqué al bulto, rodeado por montículos de grava; era una adolescente envuelta en una sábana blanca. Pude intuir el cuerpo desnudo; estaba maniatada con alambres. Sentí miedo, pero no me paralicé. Vi el rostro infantil de rasgos finos. La nariz respingada y los ojos abiertos de color verde. Sus labios estaban inflamados y de la frente caían hilos de sangre seca. Sobre la cabeza sobrevolaban moscas. Di media vuelta. Empecé a correr por la calle. Tomé la pendiente y bajé los andadores hasta las canchas de basquetbol. Ya había gente en las barras; se estiraban antes de comenzar con la calistenia. Sentí una ligera tranquilidad al ver las personas ahí reunidas. Todos eran hombres jóvenes, no mayores de treinta años ni menores de veinte. Los conocía de vista, pero no tenía amistad con ellos. Me dieron el aplomo que necesitaba. Troté pensando en el rostro de aquella jovencita. Alguien de menor edad que yo. No fue el primer cadáver que había visto en mi vida. En la colonia Morelos, donde pasé los primeros diez años de existencia, presencié algunas cosas que me ayudaron a comprender las tremendas oleadas de violencia sobre las que siempre navegué. Por ejemplo, el primer muerto que vi fue un hombre delgado, cuya piel oscura contrastaba con la camiseta blanca que portaba. El cuerpo yacía sobre el portón negro de un predio ubicado a unos metros de nuestra casa. Tenía una media en la cabeza; sus labios, abultados por la presión de la prenda, también deformaban la nariz. En las manos llevaba un arma, una pistola calibre.22. Mi padre iba conmigo; no me pidió que cerrara los ojos o que viera hacia otra parte. Me dio permiso

de capturar todo con la mirada. Estuvimos ahí bastantes minutos. Llegó la policía, después los peritos.

—¿Quieres verle la cara? —me preguntó mi papá.

Afirmé con un movimiento de cabeza. Así que rodeado por vecinos que esperaban lo mismo que yo, uno de los policías le quitó la media al cadáver.

—¿Alguien conoce a este cabrón? —preguntó en voz alta.

Era un hombre maduro, de cuarenta años, ojos grandes y cejas pobladas. Tenía un orificio en la frente. Yo acababa de cumplir nueve años. El muerto no me dio pesadillas ni miedo; al verlo acepté que uno puede morir en cualquier momento y me sentí abochornado al pensar que la gente también muere en la calle. El problema fue después, cuando la muerte se reveló como un castigo para quien sobrevive a sus amados. Pero de aquella otra experiencia en la Victoria, recordaba que seguí trotando. Fingí normalidad. Antes de terminar mi rutina escuché que la gente hablaba ya del cuerpo de una muchacha hallado en la obra negra. Hice mis estiramientos y empecé a jalar aire y exhalar. Una y otra vez. Enfilé por el andador, de nueva cuenta rumbo a la obra negra. Había mucha gente. Ya estaban los policías y los peritos trabajando. Esquivé la turbamulta y me fui a casa. Tomé café antes de bañarme. Platicué con mi madre sobre el barullo de la gente y los policías.

—Voy a preguntar qué pasó —dijo.

Me di un baño. Volví a pensar en esa muchacha, porque vi en su piel rastros de violencia: marcas de golpes. Imaginé, sin duda, que la habían violado. Más tarde llegó mi mamá con toda la historia. La niña era Merle Obregón, reportada como desaparecida desde hace tres días. Vivió en Costa Azul, un barrio de clase media alta, lejos de aquí. La prensa, la radio y la televisión dieron cuenta de la tragedia. Esa chica tenía padres extranjeros. El culpable fue un millonario apodado El Chacal Brown, un tipejo que salió libre después de confesar el crimen. Detuve toda esa maquinaria de recuerdos cuando escuché que me hablaba mi padre.

—¡Hijo! —gritó—. ¡Hijo!

Salí de mi cuarto.

—Quiero que me hagas un favor —agregó. Sacó la cartera de la bolsa trasera de la bermuda. Extrajo algunos billetes—. Necesito que me compres unas jeringas para mis vitaminas.

Tomé el dinero. Me convertí de nuevo en su hijo. Salí de casa. Bajé las cuarenta escaleras del andador Agapando. Recorrí quinientos metros y llegué a la farmacia. Pedí un paquete de jeringas. Él había desarrollado una habilidad increíble para aplicarse las inyecciones de pie, en el muslo. Esperaba el vuelto cuando escuché las primeras detonaciones de un arma de grueso calibre. Fueron siete; después hubo una secuencia incalculable de balazos. Me tiré al piso. Oí el motor acelerado de un auto que circuló por la avenida a toda velocidad. Tanto doña Tere, la dueña de la farmacia, como yo, tardamos en levantarnos del piso.

—Háblale a mi hijo. Por favor, háblale a mi hijo —decía en voz alta y me dio un teléfono celular. Le temblaban las manos. Yo conocía a su hijo, jugué con él cuando era adolescente. Busque en la lista de contactos a Jimmy. Hice la llamada y esperé que contestara.

—No, doña Tere —comenté—. Ahorita no contesta. Va a estar bien Jimmy. Yo sé que va estar bien. Dele tiempo porque ahorita todos estamos nerviosos.

—Verdad que sí —contestó.

Entregué el teléfono. Ni siquiera conté el cambio. Volvía a casa receloso; bastante asustado. Mi padre y mi madre estaban en la puerta de la casa. Subí las escaleras y entramos.

Di pelos y señales de lo ocurrido, de los disparos, de los acelerones de autos que se oyeron.

—Fue un ruidal —aseguré—. Puro balazo. Minutos después escuchamos la sirena de la ambulancia. Mi madre hizo una larga llamada telefónica con mi tía Caro. Oía que se reía, hacía bromas y conversaba como una adolescente. Mi padre vio las noticias en el televisor. Yo fui a mi cuarto. Volví a escuchar disparos a lo lejos.

Provenían de la parte alta de la Victoria. Ahí no hay solución. Lo sabía desde 1989. Gobiernos pasaban y gobiernos venían, ese tramo de Acapulco no le pertenecía a la república mexicana. Era parte de los narcotraficantes. Encendí mi radio de onda corta. Para mi fortuna logré sintonizar una estación cubana. Después encontré un programa en inglés, emitido desde San Francisco y recibí la señal de Puerto Victoria, Canadá. El calor aumentó. Me quité la playera. Encendí el ventilador y abrí uno de los libros que tenía a la mano para conciliar el sueño. Ni siquiera pude terminar la lectura de una página cuando empecé a imaginarme cómo era mi vida antes, cuando yo era otro. Mi padre fue taxista durante mucho tiempo; yo también. Algunas tardes llegábamos a encontrarnos en la cafetería La Italiana, frente a la playa Las Hamacas, no en el muelle que ahora ocupa un restaurante lindísimo —ideal para quien disfruta el paisaje que ofrece la bahía— sino a un lado. Años atrás, nosotros estábamos en el aire acondicionado de La Italiana. Él pedía un café expreso y una botella de agua mineral. Yo solía encargar una soda italiana para refrescarme. Nos saludábamos como si fuéramos dos colegas; no padre e hijo. Dos colegas. Nada más. Dos taxistas que comparten el aire acondicionado de un sitio con poca clientela. Él pasaba a esa cafetería dos veces al día. Yo estaba ahí en la noche. Leía algunos de los libros que me daba mi madre. Esos viejos libros, muy cursis, por cierto, me daban claves de mi futuro. En situaciones de máxima tensión, no muchas, pero las hubo en ese trabajo, solía repetir algunos de esos textos que preservan un poco de magia. Frases de *Martín Edén*, de Jack London, o *Clemencia*, de Ignacio Manuel Altamirano. Así que en La Italiana yo releía algunas líneas mientras mi padre se enteraba de las noticias viejas de Italia, *La Repubblica* y *Corriere della Sera* llegaban con una semana de retraso. Ponía especial atención a las crónicas de degradación humana protagonizadas por la *Cosa Nostra*. Había clientes fieles a esa parroquia que presumía en las paredes escenas cotidianas de Sicilia. En específico, de Catania. Varios italianos habían elegido a Acapulco como su hogar y ese lugar acogía historias de gente como

TERCERA PARTE

¡Hola!

Es domingo por la tarde. Llueve y tengo ganas de un moka caliente. Hace frío. No mucho, pero frío a final de cuentas. Aquí mi vida oscila entre los 9 y los 12 grados centígrados. Ya sabes, en el fondo, siempre me gustó esta temperatura. Debo aceptarlo sin culpa. Me ha cambiado el humor, incluso mi forma de llevarme con la gente. Bueno, el idioma no va muy bien, pero con el inglés me doy a entender y a final de cuentas mi trabajo real son los números. Sigo practicando el idioma universal de las auditorías y me va mejor acá, me respetan, me ayudan, me siento recompensada. Soy útil y eso me satisface. Me enorgullece sobrevivir a la violencia. Y a veces me viene un poco la tristeza, ya sabes, uno quiere el bien para los lugares que ama.

Me comentó mi madre ayer que el agente de la inmobiliaria está cerrando el negocio y van a firmar hoy (tiempo de acá) el contrato de venta con el nuevo dueño de esa casita en La Laja. Muy buena noticia. Ya sabes que mi mami es bien comunicativa, así que también me habló un poco de lo que ha pasado en la casa. ¡Fantasmas otra vez! Lo bueno es que ya están más tranquilos, ¿cierto? Pero vayamos a lo importante, no sabes, de verdad, no sabes cuánto me alegra saber que estamos, por fin, desligados de La Laja. Es un milagro.

Te agradezco mucho el apoyo y el dinero para que la casa nueva pudiera ser nuestra. Ahora, guardemos esa inversión que nos dio La Laja y hagamos algo en familia. Y recuerda, la casa de Privada

De Las Gaviotas es nuestra, no mía, es nuestra. Yo tuve que salir del puerto porque me asfixiaba, me deprimía, era imposible vivir allá. Me ha pasado de todo, pero ya acá, más bien, con la distancia de por medio, sé que las cosas debieron ser así. Todo ha pasado por una razón que me supera y al mismo tiempo completa mi misión de vida. Me siento mejor ahora. Es otro mundo. Me sorprende la tranquilidad que tengo al salir de noche, la comodidad y la seguridad del primer mundo me sorprende, ¡cómo me gustaría que pasara lo mismo en nuestra ciudad! Algún día tendré que volver y, me temo, no será pronto. Le propuse a papá y mamá que vinieran a verme. Esa es nuestra cosa en familia. ¿Te unes? Ellos están de acuerdo en el viaje y me cuentan que tú prefieres quedarte allá. ¡Dicen que ya estás escribiendo! Me alegra la noticia y deseo de todo corazón que todas las cosas por las que has pasado te ayuden a mejorar tu trabajo y tu vida. Yo tengo esa confianza, porque seguramente habrá un cambio de rumbo, habrá muchos ajustes, pero recuerda lo que te digo: Era necesario que todo ocurriera. Es más, siendo honesta, siento que esto que nos pasa, léeme bien, esto que nos pasa nosotros lo diseñamos antes de venir a este planeta, lo asumimos desde antes de llegar a esta Tierra, porque este hermoso lugar nos invitó a encarnar y sé también, aunque no me lo creas, que la casa nos eligió. Mmm. No. Estoy segura que la casa te eligió. Y es por un motivo que aún no conocemos. Pero está relacionado con tu vida y con tu momento de vida, pero sobre todo, está relacionado con tu oficio. Cierra tus heridas, hermoso. Ciérralas y procura sanarte. Si decides no volver hablar nunca de tu esposa, hazlo, si decides no escribir nunca, hazlo, pero toma en cuenta que estamos ligados a Acapulco. Y Acapulco también sabe ser cariñosa. La casa nueva es pacífica. Nosotros conformamos una familia. ¿Está claro?

Espero que puedas conocer esta ciudad, que aunque está muy lejos del mar, créeme, tiene un encanto que percibo, pero no logro comunicar. Es como una señora bien conservada. Berna es una señora gélida, pero maternal. He aprendido a quitarme el frío comiendo

helado, he aprendido a vivir con poco sol y con mucha tranquilidad. Estoy aprendiendo mucho de mí, mucho, de verdad.

Te escribo por placer, por amor, por distancia, te escribo para que recuerdes algo que aún no sabes que vas a recordar. Te escribo porque tú escribías. ¿Para qué escribías? Esa respuesta sólo tú la puedes dar. Anda, no seas flojo. ¡Hazlo!

Te abrazo muy duro.

Muy duro.

Tú hermana de todas las vidas.

Pd.- La correspondencia de doña Graciela, ¿la recuerdas? Bueno, tira todo de ella. Ya no es necesaria guardarla.

Pd2.- Gracias por la foto de mis padres en Pie de la Cuesta.

Pd3.- Ya que ellos estén acá, conmigo, te enviaremos nuestras postales. Mientras tanto, tú escribe, escribe mucho.

Pd4.- Con el dinero que reciban de la venta de la casa, nuestros padres estarán acá un mes o más. Y, si puedes y te animas, acá puedes terminar tu libro. ¿Te gusta la idea? Yo respeto mucho tu decisión. Las cosas a la fuerza y apresuradas, no, no funcionan.

Pd5.- Me dicen nuestros padres que encontraste algo con el detector de metal, una cadena de oro con un dije muy lindo. No está mal. Nada mal. Esa virgen debe cuidarte.

Pd6.- Escíbeme a este correo. El otro, obviamente, ya no lo reviso. Beso.

LA RENDICIÓN

DE

FEDERICO VITE

se terminó de imprimir en noviembre de 2025
en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno 162-1, Col. Granjas Esmeralda,
C.P. 09810, Ciudad de México.

El papel de los interiores es Bond ahuesado de 90g.
y el de la cubierta es Couché mate de 250g.
Se tiraron 1,500 ejemplares más sobrantes para reposición.

Un dramaturgo regresa a vivir con sus padres para sobrellevar el duelo por la esposa, pero resulta imposible estar tranquilo en un barrio erosionado por la delincuencia. Tras un intento de extorsión, se mudan cerca de la playa Caleta. Durante la primera noche descubren que el nuevo domicilio tiene otros habitantes. Los espectros que ahí moran están interesados en representar la tragedia que los condujo hasta ese lugar, encallado entre los riscos de La Quebrada, los cascarones de los hoteles de cinco estrellas y una plaza de toros derruida. La familia se adentra en el misterio de otros crímenes vinculados a la brujería; poco a poco entienden el motivo por el que su nuevo hogar está junto al mar.

ISBN: 978-970-96852-2-0



ALMUZARA
Nóvela